

parte de su familia, de sus criados y de cuantas personas tienen la honra de ser admitidas con alguna confianza a su real presencia.»

—Sin embargo —objeta un nuevo tertuliano—, tengo entendido que a veces, «sin querer, sin sospecharlo ella misma, se ha atraído el cargo de no tener bastante presente en la memoria el dicho feliz de uno de sus más ilustres antepasados: *La puntualidad es la cortesía de los reyes*». «Sobre todo en los besamanos, generalmente anunciados para las tres de la tarde y rara vez principiados antes de las cuatro, es donde a menudo se ha formulado este cargo en voz baja y en varias lenguas, en razón a ser naturalmente el cuerpo diplomático extranjero el que más haolido resentirse de ese sensible olvido de la única especie de cortesía, en que no siempre es un acabado modelo la reina de España.»

—Después de todo —replica el tertuliano de turno—, una espera de tres cuartos de hora, tratándose de una reina, es una puntualidad. No debe extrañar en España donde nos damos cita —por ejemplo ayer mismo me ocurrió a mí— en la acera de Gobernación a las doce del día y acudimos a la una de la tarde.

—Si, pero en otros países, la exacta puntualidad es obligada, las horas están perfectamente distribuidas para las atenciones y quehaceres de todos.

—Pero, repito, aquí estamos en España y somos españoles. Por eso, cuando nos damos una cita, ya sabemos que tenemos un margen de una hora para acudir a ella. Y las costumbres hacen leyes, qué caramba.

—Perdone el querido amigo, y continúe con la lectura.

—Ya está reflejado, en esas pinceladas, el retrato de la Reina. En lo que pudiéramos decir como faceta sentimental, podrían dar testimonio millares de personas; «jamás un desgraciado o un afligido se ha acercado a la reina Isabel sin obtener un socorro o un consuelo. Su bondad en este punto llega casi hasta la flaqueza. Su generosidad excede a cuanto puede imaginarse; éste es el gran cuidado, la pesadilla perpetua de los intendentes de su real casa. Siendo aun muy niña, se quitó un día los zapatos para dárselos por la ventanilla de su coche a una pobre, niña como ella, que iba corriendo descalza junto al carruaje; antes de que pudieran impedirlo las personas que la acompañaban, ya se los había tirado».

—Bueno, señores, hasta mañana. Voy, antes de que cierren, a la calle Mayor, al número 10, a ver cómo es ese reloj de la fragua que ha causado la admiración de cuantos han visitado el establecimiento. Creo que es una caja cuadrada que representa el interior de una fragua, en cuyo fondo se ve el horno, el fuelle y las herramientas del oficio. Están trabajando ocho operarios que son figuras de media cuarta de altura, vestidos con toda verdad. Se le da cuerda y todos principian sus tareas. No falta nada para una completa ilusión. Y lo anuncian como de precio reducido en tres mil reales. Algo caro lo encuentro; pero ya veremos; es capricho de mi mujer.

—Pues, ya nos dirá usted el resultado de su visita y, si lo compra, le molestaremos para custodiarlo.

—Con mucho gusto.

DANHUR

PAGINAS ANTOLOGIGAS

LA MELANCOLIA

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso acaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso,
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enlazadas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

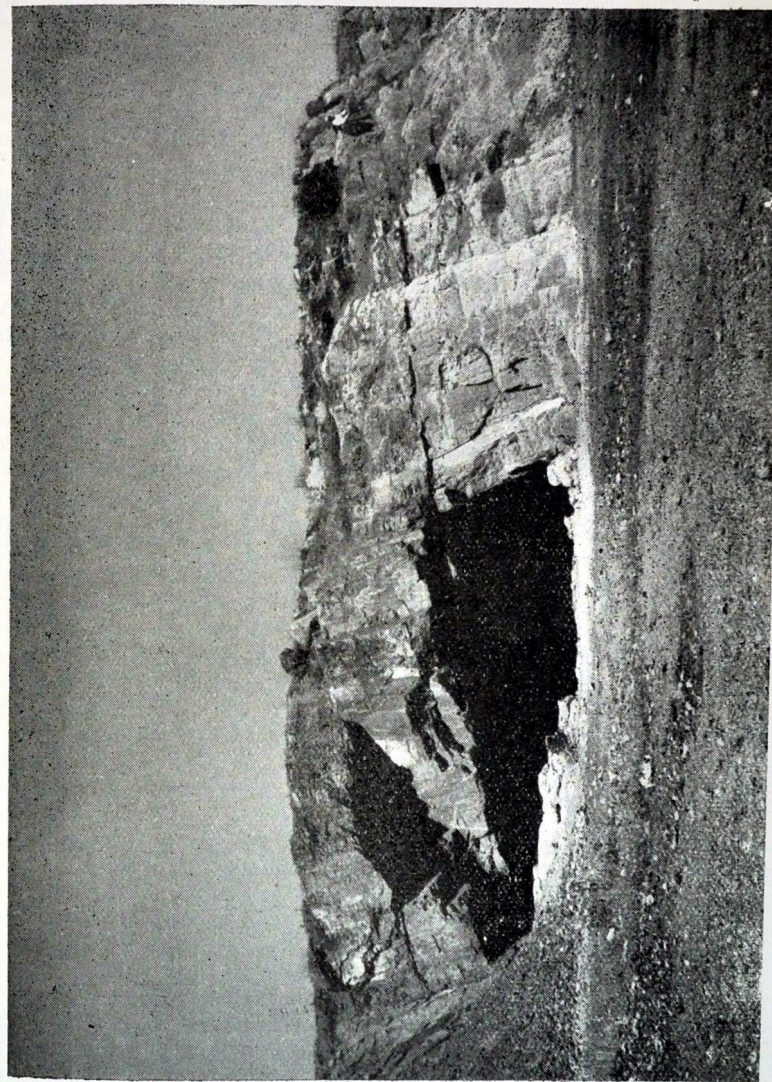
Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa,
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mí viniendo con semblante amigo,

me asiste de la diestra, y apartando
las mustias ramas, con acento blando
carifosa exclamaste: "Ven conmigo".

Y contigo crucé la selva umbrosa,
y vi morir las luces de la tarde,
y vi nacer la estrella esplendorosa
que la primera en las tinieblas arde,
y respiré feliz el triste encanto
que, halagándonos más que la alegría,
los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,
escalo audaz las pardas
rocas del monte, y a la oscura umbría
voy, donde fiel a tu amador aguardas;
y de tu mano asido,
la senda busco del oculto nido;
y donde el breve espacio el bosque cierra
nuestro horizonte con sus verdes velos,
evoco los recuerdos de la tierra
y tú las esperanzas de los cielos.

TEODORO LLORENTE



ALBUM EXTREMEÑO. - Entrada a la Cueva de Maltravieso en Cáceres. (Foto Callejo).